

nal, ¿por qué castigarlos con el infinito tormento de la incertidumbre durante años inacabables? ¿Cómo será posible mitigar tanto dolor?» (14). En el mes de diciembre de 1982 (cito de *El País*, Madrid, 29-XII-82) leemos: «Un grupo de escritores argentinos ha dirigido una petición al presidente de la República Argentina, el teniente general Leopoldo Galtieri, solicitando que esclarezca la situación del escritor Haroldo Conti, desaparecido hace cinco años. Los autores de la petición señalan que Haroldo Conti fue sacado a la fuerza de su domicilio el 4 de mayo de 1976 y que se ignora absolutamente todo lo que se relaciona con su suerte posterior. Entre los firmantes de este escrito dirigido al nuevo presidente argentino figuraban los autores Ernesto Sábato, Martha Lynch, Abelardo Castillo, Alejandra y Lydia Conti. Estas últimas son hijas del escritor desaparecido» (15). En el número 525 de *Cambio 16* (Madrid, 21-XII-81) se informa de una huelga de hambre iniciada por las Madres de la Plaza de Mayo para exigir información sobre los miles de desaparecidos: «Los desaparecidos, la gran tragedia nacional de los argentinos, continúa enfrentando al Gobierno militar con los familiares de las víctimas y los distintos grupos y personalidades que denuncian la represión. En este sentido ha tenido gran repercusión que el famoso escritor Ernesto Sábato encabezara un comité, del que también forma parte el premio Nobel de la Paz, Alberto Pérez Esquivel, para ubicar a los más de ochenta niños desaparecidos.» En un reportaje publicado en *Diario 16* (Madrid 9-V-82) declara Ernesto Sábato: «Pasamos por un momento catastrófico, tanto en lo político como en lo económico. La dictadura militar trajo consigo un equipo vinculado a la

---

(14) Ignoro si ese texto, «Libertad y democracia», fue publicado en Argentina tras su lectura en el Colegio de Abogados de Buenos Aires. Conocer a Sábato induce a deducir que sí, que ese texto fue publicado en su país, excepto que interviniese la censura. El lector puede, en todo caso, conocerlo en el número 54 de la revista mexicana *Vuelta* (mayo, 1981, pp. 44-45), y desde luego no debe olvidar que fue leído por su propio autor ante un auditorio argentino.

(15) Viene ahora a mi memoria, y resuelvo no reprimir ese recuerdo, un disgusto que tuve ya hace tiempo, en Madrid, con motivo de un acto de homenaje al desaparecido Haroldo Conti, acto organizado por exiliados políticos argentinos. No asistí a ese acto porque a la misma hora, el mismo día, yo estaba comprometido a participar en otro acto público (por cierto: en compañía de otro exiliado argentino, Horacio Salas) en donde, como es lógico, nos pronunciamos contra la dictadura militar argentina. Mi disgusto estuvo motivado en lo siguiente: en el acto de homenaje a Conti se leyó un texto de adhesión que concluía con varias firmas de españoles, la mía entre ellas. Ese texto no me había sido dado a conocer, y así y todo se incluyó en él mi firma. Pero no fue esa inmoralidad lo que motivó mi protesta. En ningún caso yo hubiera dejado de firmar una adhesión a Conti y una reclamación por su situación, siempre que se tratase de un texto que yo mismo hubiera redactado o que al menos me hubiera sido dado a conocer. Una firma representa a un hombre, un hombre a una moral, y es en nombre de la moral como uno tiene derecho a saber lo que firma. Pero, repito, el motivo esencial de mi disgusto y mi protesta fue el de que, según supe después por información de un asistente al acto, en él Ernesto Sábato fue públicamente insultado. Lamenté, pues, no estar presente para haber podido defenderlo, y lamenté mi firma en un contexto dentro del cual se agredió a un hombre digno. Algún día contaré y documentaré aquel disgusto que me honra haber sentido.

Banca Rockefeller, que en estos seis años de poder absoluto logró desmantelar el país en favor de las empresas multinacionales. De la antigua Argentina, que logró llegar a un notable desarrollo industrial, sólo quedan ruinas, y el empobrecimiento de las clases populares ha llegado a límites insoportables (...). La catástrofe [política] es similar, con el agravante de que se trata de algo vinculado a lo más profundo del espíritu. Esta dictadura combatió al terrorismo con el terrorismo de Estado, que es aún peor, porque cuenta con el inmenso poder del Estado y de las Fuerzas Armadas. Así, sin los recursos que sabiamente establece nuestra Carta Magna, haciendo de ella un simple papel sucio, se secuestró a más de diez mil personas, entre las cuales la inmensa mayoría jamás había llevado a cabo actividades terroristas. La caza fue kafkiana y horrenda: se secuestró a miles y miles de familiares, amigos, compañeros de estudio de los que podían ser terroristas. A jóvenes por el solo hecho de figurar en los carnés de direcciones; a muchachos y chicas idealistas que habían formado parte de simples comisiones directivas de centros estudiantiles o gremiales. ¿Dónde están? ¿Quién dará un día cuenta de su suplicio y su desaparición o su muerte? Esta inenarrable tragedia dejará para siempre una funesta marca en nuestra tierra.» Advertiré al lector que de los escritos o declaraciones de Sábato que cito, unos están publicados en su tierra, otros fuera de ella. Creo que comportaría mala fe el suponerles menos sinceridad o menos coraje —y menos riesgo— a estos últimos. Todos sabemos qué poco tardan las declaraciones hostiles a un gobierno dictatorial efectuadas fuera del país en donde tal gobierno ejerce la dominación en llegar a las manos de la policía, en este caso la argentina. Sábato corre el mismo riesgo hablando fuera de su país que hablando dentro de él, por la simple razón de que siempre regresa a casa, a afrontar las consecuencias de sus actos (y agrego, entre paréntesis, que, incluso fuera de su patria, Sábato no carece de riesgos. Hacia el año 77 —no recuerdo la fecha exacta pero fue en el momento más siniestro de la represión militar argentina— Sábato vino a España; entre los actos públicos que tenía programados, y que no fueron suspendidos, uno de ellos era una conferencia que había de pronunciar en el Instituto de Cooperación Iberoamericana; por esos días, Sábato recibió una amenaza de la Triple A argentina, aquí en Madrid, instándole a callarse. Le ofrecimos suspender esa conferencia, o celebrarla al menos de forma restringida. Aceptó, más por nosotros que por su persona, esta segunda solución. Se celebró la conferencia). En un periódico argentino (dispongo del recorte, pero no de la cabecera ni la fecha, aunque estoy casi seguro de que se trata de un diario publicado en